

todo sospechas siniestras tanto en el corazón del padre como en el de los hermanos de Diana, y la precaución extraordinaria con que los introdujeron, les confirmó en la idea de que alguna revelación funesta les esperaba desde el lecho de la moribunda.

—Avisaron inmediatamente á la vieja de Marta qué había permanecido al lado de su ama.

—Es él! Es mi yerno? preguntó la marquesa á quien el ruido del coche había sacado también de su abatimiento.

—Sí señora, pero vienen con él dos de sus hijos.

—Ah! lo acompañan mis nietos. Pues bien, que pasen los tres, pues lo que tengo que decir importa igualmente á los dos; ve por ellos y cuida mucho de que no llegue Diana á sospechar su venida.

Mas desde el instante mismo que Diana notó el ruido de un coche, se había levantado y por grande que fuese la precaución de los viajeros en apearse y de la criada en penetrar hasta la recámara de Madama de Kermie, dotada de un oído cuya

finura debía necesariamente suplir en ella la falta de la vista, había distinguido el rumor sordo que alteraba el silencio de la casa; y no bien hubo salido Marta del cuarto de Madama de Kermie, cuando entró Diana

—Al presentarse esta, la señora se sentó en la cama con una agilidad que se hubiera creído imposible un momento antes al verla tan débil.

—Diana, Diana, dijo con una severidad que jamás había manifestado á su nieta, ni aun en tiempos mas felices en que la severidad es mas bien una prueba de cariño.

—Quién ha llamado á vd., Diana? Qué viene vd. á hacer aquí?

—Disimule vd., madre mia, pero como oí, me pareció oír....

—Y qué le importa á vd.? No puede alguna vez suceder aquí algo que es preciso que vd. ignore.

—Oh! madre mia, respondió Diana, acaso cree vd. que solo una vana curiosidad me trae aquí? En el estado de debilidad en que vd. se encuentra, no será natural que

me alarme todo lo puede interrumpir el descanso de vd.?

—Madama de Kermie, no contestó al principio á su hija que se habia acercado á la cama; y tomando suavemente una mano le dijo.

—Tienes razon Diana; mas no es tiempo todavía de que veas á las personas que estoy aguardando. . . . Mañana, quizá de aquí á una hora te mandaré llamar; pero quiero me dejes ahora á solas con ellos. Te lo suplico; y si no basta, te lo mando.

—Obedesco á vd. respondió con tristeza Diana.

—No temas nada, hija mia, y abrazame, dijo Madama de Kermie.

La jóven se inclinó sobre su abuela que abrazó la cabeza de aquella, y la ciega sintió correr por su frente las lágrimas de la moribunda.

—Madre mia, madre mia! le preguntó, ¿por qué esta vd. tan conmovida?

—Veté hija mia, retirete, le contestó su abuela.

Y al levantarse Diana para salirse, abrie-

ron la puerta y se oyó la voz de Marta que anunciaba á los señores Chivry.

Al escuchar este nombre, Diana dió un grito espantoso; toda la desesperacion de su vida se presentó á su imaginacion.

—Padre mio! exclamó. E impelida por una fuerza superior á la razon y á la voluntad, cayó de rodillas junto al lecho de su madre.

Si la escena que nos falta referir aún, es digna de un narrador mas hábil, el cuadro silencioso que la precede mereceria igualmente ocupar el talento de un pintor.

Una espaciosa recámara escasamente alumbrada por una veladora; cerca de la puerta Mr. de Chivry inmóvil, con los ojos clavados sobre su hija; sus dos hijos parados tras de él, contemplando tambien á su hermana con un asombro lleno de dolor que los dejaba mudos. Diana, hincada con la

cara vuelta hácia su padre y sus hermanos, juntas las manos en actitud de reo, y la marquesa sentada en su cama, con la vista fija sobre su yerno, y puesta una de sus manos blancas y descarnadas sobre la cabeza de Diana, cediendo á un movimiento instintivo de proteccion, ved. aqui el segundo cuadro, oh! lector.

Hubo un momento de silencio solemne.

Ninguno de estos cinco personajes se atrevió á ser el primero en romperlo. En efecto, qué podia decir ese padre que veía á su hija caer de rodillas delante de él, que no fuesen palabras de maldicion? y á ello se resistia su corazon á pesar de las horribles sospechas que lo agitaban. Qué podia hacer Diana, sino pedir perdon de un crimen que quizá ignoraba su padre hasta entonces? Qué podian pronunciar aquellos dos jóvenes, que sentian demasiado que solo una voz mas respetable que la suya, tenia el derecho de interrogar? Aun Madama de Kermie que habia contado con ver á su yerno solo, no estaba preparada para esta especie de tribunal doméstico, que parecia haberse reunido por la casualidad y ante el

cual no hubiera ella querido que compareciese la desdichada á quien el acaso habia traído aquí. Solo un ademan se notaba en ella que indicaba el haber querido poner á Diana á cubierto del primer ímpetu de cólera. Mas al fin, ella fué quien valiéndose de la autoridad que comunica la cercanía de la muerte, halló la fuerza para romper tan terrible silencio.

—Aguardaba á vd. solo, hijo mio, dijo á Mr. de Chivry, pero sin duda Dios ha dispuesto que asistan los hijos de vd. á esta junta de familia; ha querido que no tenga yo que avergonzarme delante de vd. solo de la confesion que tengo que hacerle; es un castigo que me ha reservado, no lo dudo y lo admito como un decreto de su justa severidad.

El señor de Chivry escuchó á Madama de Kermie fijando sobre ella algunas miradas que indicaban que la cólera estaba pronta para sustituir á la ansiedad, y respondió despacio señalando con el dedo á la infeliz de Diana:

—Y no tiene mi hija algo que decirme? . . .

—Padre mio, dijo Diana procurando arastrarse hácia donde él estaba.

—No hagais nada, dijo, deteniéndola y dirigiéndose á su yerno, hasta que no os haya dicho todo!

—Ah! exclamó Mr. de Chivry cólerico, infeliz de la hija que no puede recibir con los brazos abiertos á su padre y yace perdida temblando á los piés de él

—Rerervad vuestras máldiciones para los culpables, respondió Madama de Kermie con un vigor extraordinario, porque de todos los cómplices en este crimen, quizá ella sola es la inocente, y solo ella es la víctima. Ahora escuchadme los tres y tú tambien Diana; no queria que estuvieses presente á esta reunion, pero tambien en este caso Dios es quien te ha traído. Si sucede algun dia que descargen su cólera sobre tí tu padre y tus hermanos, recuérdales las últimas palabras que voy á pronunciar; y si se atreviesen á abandonarte recuerdales mi última oracion. Oidme pues con atencion.

Se adelantaron los recién llegados hasta la cama; Mr. de Chivry se sentó enfrente de Diana, y sus dos hijos permanecie-

ron en pié á cada lado de su asiento y Madama de Kermie habló de esta suerte:

—Hace seis meses que un hombre pros crito y amagado de muerte vagaba por los alrededores de este castillo. Cualesquiera que sean vuestras opiniones políticas, si hubiera venido á pedirnos una asilo, creo que no se lo hubiéseis negado. Era un hombre de partido por el que han derramado su sangre mi marido y sus hijos, y al que yo mismo he dedicado toda mi existencia. Le mandé brindar con este refugio y lo admitió.

Luego que os lo haya nombrado, porque voy á deciros su nombre, convendreis conmigo que era entonces acreedor á lo que hice por él. Su valor, su nombre, sus virtudes, todo lo hacian digno de mi hospitalidad. Sin embargo, tuve la imprudencia para dejar con frecuencia á su lado y en un retiro ignorado, al que no siempre podia yo acompañarla, á una jóven hermosa y tan confiada como yo la que debia considerarse suficientemente protegida por la desgracia con que nació.

—Y se atrevió el infame.... murmuró entre dientes el hijo mayor de Mr. Chivry.

—Sí, contestó Madama de Kermie, retribuyó con la deshonra la adhesion de la noble jóven que queria salvarlo. Escuchadme bien, hijos míos, con el fin de que descargueis vuestra ira únicamente sobre el que verdaderamente la merece, que él solo sea castigado, solo él, no es verdad?

—Sí, madre mia.... respondieron los hijos de Madama de Chivry.

—Y lo será, no es cierto?

Sus miradas y ademanes contestaron afirmativamente.

Entonces fué cuando Madama de Kermie, hizo la relacion de aquella escena fatal que hemos narrado ya; no omitió pormenor al que pudiera llamar la atencion solícita del padre y de los hijos, les contó todo.

Durante este tiempo, Diana, que habia permanecio hincada y cuya desesperacion se desahogaba con lágrimas y sollozos, se habia arrastrado hasta los piés de su padre.

Este le permitió al principio que abrazase sus rodillas; luego poco á poco fué con sus manos paternas buscando aquella cabeza que agobiaba el dolor, y la cubrió con ellas estrechándola contra su pecho con un estremecimiento involuntario, y habiendo alzado Diana sus manos hácia él, cada uno de sus hermanos tomó una de las mismas, apretándola como señal de compasion; y luego que la marquesa hubo terminado su relacion, levantó Mr. de Chivry á su hija y estrechándola en sus brazos, le dijo: Diana, recibe la bendicion de tu padre! hijos míos, abrazad á vuestra hermana!

A continuacion, y mientras ambos jóvenes no podian contener su llanto de lástima y de furor que oprimia su corazon, y estrechaban callados á Diana con sus brazos, se acercó Mr. de Chivry al lecho de la moribunda y le dijo:

—Ahora, ruego á vd. madre mia, que me diga el nombre del miserable.

—Se llama Leonardo Asthon.

Al oir este nombre cayó Diana al suelo

oprimida por el peso de su desesperacion y el mayor de sus hermanos exclamó:

—Leonardo Asthon! sí, está condenado á muerte!

—Tranquilizaos, hijos míos, respondió Mr. de Chivry con garbo, ha apelado de la sentencia, y esta apelacion ocurrió precisamente el dia de nuestra salida. Podeis estar seguros que no se nos escapará. No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un leve rumor que salia de la cama en la que habia vuelto á caer Madama de Kermie: sus hijos se inclinaron sobre ella, pero ya no existia.

Tantas emociones tantos dolores, no en vano despedazaron el corazon de la pobre Diana; se apoderó de ella una fiebre violenta y como durante los accesos de su delirio

llamaba á Asthon, lo reprendia y se acusaba á sí misma, tuvo Mr. de Chivry que permanecer él solo á su cabecera, al mismo tiempo que el menor de sus hijos, Felipe se ocupaba en cumplir para con su abuela los últimos deberes filiales, y Jorge partia para Angers donde estaba preso actualmente Leonardo Asthon.

A los tres dias recibió Mr. de Chivry una carta de su hijo que le anunciaba haber sido admitido en realidad el recurso del sentenciado; pero que precisamente en el dia mismo en que esto se habia sabido, temiendo Leonardo sin duda los riesgos de un segundo juicio, habia logrado evadirse sin que nadie sospechase siquiera el rumbo por donde se habia fugado. Por cuyo motivo tenia Jorge que dejar para mejor ocasion la ejecucion de la venganza comun, y avisaba á su padre que se dirigia á Paris donde esperaba que la policía pudiera proporcionarle los informes necesarios para el caso. Mas todos los pasos que dió Jorge resultaron inútiles. Y tan pronto como triunfó la juventud de Diana de la enfer-

medad grave que habia causado por pocos instantes algunos temores por su vida, fué preciso decirle la verdad; esto es, que el criminal se habia sustraído á la venganza que lo perseguia.

El corazon de las mujeres encierra estraños misterios; lo que motivaba la desesperacion de Mr. de Chivry, era cabalmente lo que llenaba á Diana de un consuelo secreto. No podia creer que estaba abandonada, y desde el dia que supo que Leonardo habia recobrado la libertad, esperó á que viniese alguna noticia suya á tranquilizarla.

Y asi que se encontró con fuerzas bastantes para poder andar, se fué arrastrando una mañana hácia el pabellon que aquel habia habitado, y registró por todas partes, como esperando que hubiese venido él á dejar allí alguna señal de su presencia, mas solo encontro su arpa, sus muebles de siempre, un tomo de poesías que él acostumbraba leer. Y la ciega se llevó el libro, creyendo encontrar en este el encanto de las palabras que la habian seducido. De este

modo trascurrieron los dias y los meses, sin que llegase á saberse lo que habia sucedido á Leonardo Asthon.

La venganza lo aguardaba rabiosa, el amor con desesperacion.

— 80 —

VII.

A los seis meses de haber fallecido Madama de Kermie, se supo por conducto de un periódico americano, que el capitan don Leonardo Asthon habia pasado primeramente á Inglaterra y luego á la India oriental, donde segun decian, habia emprendido un viaje por el interior de los reinos mas impenetrables de aquel país.

Esta noticia á la vez que destruia casi enteramente para Mr. Chivry y sus hijos toda esperanza de vengarse, fué la postrer desdicha que vino á herir el corazon de Diana.

— 81 —

Mientras la cólera de estos tres hombres tuvo un objeto casi seguro, si bien oculto, mientras esperaron descubrir y alcanzar á Leonardo Asthon, habia sido Diana para ellos un ser digno de su compasion. Pero desde el instante en que ellos se vieron, digamos así, desarmados ante la ausencia y la inmensidad que los separaba del culpable, se volvieron contra la víctima y hecháronle en cara con toda la irritacion del impotente á quien acababa de escapársele su presa, la deshonra que les fué preciso devorar sin poder vengarla.

Por este tiempo salió Mr. de Crivry de Machecoul y llevó consigo á su hija al castillo que posee en las cercanías de Chateauron. Allí se encerró con ella. Nadie entraba en él y así vivió Diana mas de un año recordando siempre cuando estaba á solas su amor malogrado, y padeciendo las reconvencciones mas amargas ó el silencio mas cruel de su padre siempre que se hallaban juntos.

Nadie sabe hasta donde es capaz el corazon humano de sufrir el dolor sin sucumbir al mismo. Si se considera todo lo que Dia-

na habia padecido, cualesquiera creia que era bastante y que otro dolor mas la habria matado. Sin embargo, no solamente le quedó todavía que sufrir un dolor, sino todos los dolores y todas las vergüenzas á un mismo tiempo, y con todo, sobrevivió á tanto padecer. Un dia notó en la casa paterna un movimiento extraordinario; oyó disponer un coche, cerrar baules y traer caballos de posta. Se alarmó y preguntó; pero ninguna contestacion la satisfacía. Solo le decian: "Se están cumpliendo las órdenes del señor conde." Diana quiere ir á ver á su padre, pero le responden que está encerrado y ha prohibido que dejen entrar á su hija en el cuarto.

Entonces se para Diana á la puerta, decidida á esperarle, porque su corazon le está diciendo que se trama contra ella otra desgracia. Pero olvida la pobre niña que esta puerta que ella está guardando, no es la única salida que tiene la habitacion de su padre; y al recoger bien el oido para adivinar el mas ligero de los movimientos que él pueda hacer, percibe la desventurada el ruido de un coche que sale. Se precipita

en el acto para bajar al patio y saber quién es el que parte de esa manera, pero la detienen y dicen que su padre acaba de dejar el castillo con orden espresa de que no permitan que se introduzca allí nadie, ni que Diana ponga los piés fuera de aquel recinto.

Este rigor probó á la infeliz que el triste presentimiento que habia sentido no la engañaba. Su padre no habria partido de un modo tan extraño, si los negocios políticos ó de interes hubiesen requerido ese viaje. "Luego, se decía, hay un terrible misterio en esta partida violenta, y sin duda una nueva desdicha me amenaza. Pero cuál podia ser esta desdicha, como saberla y á quién preguntar. Ademas, habrá tenido mi padre mayor confianza en un criado que en mí." Entonces se apodero una angustia horrible, de la pobre é infeliz ciega que no tenia mas recurso que el de oir. Recorria el castillo como una sombra silenciosa, aplicando el oido á las puertas y ocultándose cuando percibia el metal de alguna voz humana, ansiosa por coger una palabra tan solo que pudiese esclarecer sus dudas. Mas

no le era posible sorprender sino conversaciones desnudas para ella de todó interes; y si casualmente en ellas se mezclaba alguna vez su nombre, era para hacerla sabedora de infames calumnias ó de espresiones de una compasion humillante.

Sin embargo, llegó á recordar el cómo habia llegado á su noticia la condenacion jurídica de Leonardo, y por mas doloroso que fuese para ella el imponerse de tan tremenda desdicha, quiso valerse de ella como de un medio para saber de su amante. Mandó á la criada que la servia, con toda la indiferencia que pudo disimular, que le leyese los periódicos para distraerla.

—El amo lo ha prohibido, fué la única respuesta que se le dió.

Su padre lo habia prohibido.... luego esos papeles podian instruirle acerca del motivo de su partida. Entonces su ansiedad se trozó en un deseo furioso ardiente de saber el contenido de dichos periódicos.

Cuando llegaban por la mañana los machucaba con sus manos, los recorria con los dedos; acaso de ellos dependia su vida ó

su muerte; pero era ciega y todo lo que los demas podian leer era mudo para ella! En fin, habiendo casi enloquecido y recorriendo un dia el parque de su castillo. oyó cerca de sí la voz de personas que reían. Eran los hijos del jardinero, uno de ocho años de edad á lo sumo, y el otro aun mas niño; María tenia sentado á su hermanito en las rodillas y estaba enseñándole á deletrear.

Ah! Quisiéramos encontrar palabras para espresar al lector cuan intenso fué este nuevo dolor para Diana, al escuchar las voces infantiles de estos niños de los cuales uno se negaba á aprender y qué podian hacer pequeños y pobrecitos como eran, lo que ella hubiera deseado poder ejecutar al precio de su misma vida. Diana iba ya á retirarse con la mente mas estraviada, cuando le ocurrió de pronto un pensamiento feliz.

Esta criatura, se dijo, no será quiza tan desalmada como aquellos á quienes me he dirigido. E inspirada por esta esperanza, llamó Diana á su lado á la niña y alhagándola con la promesa de darle bonitos vesti-

dos y golocinas, le mandó que le leyese el periódico que llevaba consigo.

Infeliz! Qué era lo que pedía, y á que tormento no se veía espuesta? La hija del jardinero atónita al verse en frente de este enorme pliego que se le ponía en las manos, leía y anunciaba el título y los artículos sobre política, las noticias de la bolsa y cuanto era indiferente para Diana. Y á pesar de esto no podía Diana señalarle el lugar donde acaso se habrían encontrado las noticias que ella buscaba. Con una paciencia inalterable escuchaba esta lectura muda para ella, por esplicarnos así, y que le hacía aquella criatura, que manifestaba por la voz que no comprendía lo que leía, y le hablaba de todo, menos de lo que Diana hubiera querido saber. No obstante este trabajo, se pasaron mas de ocho dias durante los que obligó á la niña á hacerle esa lectura tan cruel á fuerza de promesas y sumisiones. Pero ya deberá suponerse el tiempo que duraría. Empezaron á notar las ausencias largas de María; la espionaron la sorprendieron, y tuvo Diana que sufrir las groseras recon-

venciones de una mujer que la calumnió de haber seducido á su hija.

Por último, rendida ya por tantos padecimientos, comenzó Diana á experimentar ese desfallecimiento, que si bien por un aldo hace sentir menos el dolor, por otra mantiene dentro de sí mismo la esperanza y la dignidad. Diana se encerró pues en su habitacion; allí pasaba todo el dia sentada, sin hablar, ni llorar mas; no se informaba de nada y obedecía como una máquina á la voz que le indicaba que era hora de levantarse, de comer, de acostarse, sin reflexion ni conocimiento, por decirlo así, de lo que ella hacia.

Pocos meses faltaban ya para que este espíritu candoroso, ardiente y enérgico estinguído por una atroz imbecilidad, cuando un nuevo padecimiento vino á sacar á Diana de su letargo, padecimiento el mas horrible sin duda de cuantos habia sufrido.